



CAPÍTULO XXXIV

El interregno. Las traiciones

El pueblo de París lloraba sus muertos y pedía a grandes gritos justicia y el castigo de los que habían provocado la matanza alrededor de las Tullerías.

Mil cien hombres, dice Michelet, tres mil, según el rumor público, habían sido muertos por los defensores de palacio, que eran principalmente hombres de picas, la gente más pobre de los suburbios, que se agolparon en masa sobre las Tullerías y cayeron bajo las balas de los suizos y de los nobles, protegidos por fuertes murallas.

Carros llenos de cadáveres se dirigían hacia los suburbios, dice Michelet, y allí se extendían los muertos para que pudieran ser reconocidos. La multitud les rodeaba, y los gritos de venganza de los hombres se mezclaban a los sollozos de las mujeres.

En la noche del 10 de agosto y el día siguiente el furor popular se dirigió especialmente contra los suizos. ¿No habían tirado unos suizos sus cartuchos por las ventanas invitando así a la multitud a entrar en palacio? ¿No iba el pueblo a fraternizar con los suizos situados en la escalera principal, cuando éstos comenzaron un fuego nutrido y mortífero a boca-jarro sobre la multitud?

Pronto comprendió el pueblo que era preciso apuntar más alto si se quería alcanzar a los instigadores de la matanza. Había que dirigirse contra el rey, contra la reina y contra el «comité austriaco» de las Tullerías.

Pero precisamente al rey, a la reina y a sus fieles les cubría la Asamblea con su autoridad. Verdad es que el rey, la reina, sus hijos y los familiares de María Antonieta estaban encerrados en la torre del Temple. La Comuna había obtenido de la Asamblea su traslado a aquella torre, declinando toda responsabilidad si permanecieran en el Luxemburgo. Pero en el fondo, nada se había hecho ni nada positivo se hizo hasta el 4 de septiembre.

El 10 de agosto la Asamblea llegó hasta negarse a proclamar la destitución de Luis XVI. Bajo la inspiración de los girondinos, se había limitado a proclamar la *suspensión* de Luis XVI, apresurándose a nombrar un gobernador al Delfín. Después, el día 19, entraron los alemanes en Francia, en número de 130.000 hombres, que se dirigían a París con el propósito de abolir la Constitución, restablecer al rey en su poder absoluto, anular todos los decretos de las dos Asambleas y matar a «los jacobinos», es decir, a todos los revolucionarios.

Fácil es comprender el estado de ánimo que en tales condiciones había de reinar en París; bajo un exterior tranquilo, se apoderaba de los suburbios una sombría agitación, que, después de su victoria sobre las Tullerías, pagada tan cara, se sentían vendidos por la Asamblea y hasta por los «jefes de opinión» revolucionarios, quienes a su vez también vacilaban en pronunciarse contra el rey y contra la monarquía.

Cada día llegaban nuevas pruebas a la tribuna de la Asamblea,

a las sesiones de la Comuna y a la prensa, del complot urdido en las Tullerías antes del 10 de agosto y que continuaba en París y en las provincias; pero nada se había hecho para castigar a los culpables o para impedirles renovar la trama de sus complots.

Cada día eran más inquietantes las noticias que llegaban de la frontera. Las plazas estaban desguarnecidas y nada se había intentado para detener al enemigo. Era evidente que los débiles contingentes franceses, mandados por generales dudosos, no podrían detener los ejércitos alemanes, dos veces más fuertes en número, aguerridos y con generales al frente que gozaban de la confianza de los soldados. Se contaba con seguridad entre realistas, el día y la hora en que la inva-



EL DELFÍN Y MADAME ROYALE

sión se presentaría a las puertas de París. La masa de la población comprendía el peligro. Todo lo que había de joven, de fuerte, de entusiasta y de republicano en París corría a alistarse para ir a la frontera. El entusiasmo llegaba hasta el heroísmo. El dinero, los dones patrióticos llovían en las oficinas de alistamiento.

* ¿Pero de qué servía tanto sacrificio, si cada día traía la noticia de alguna nueva traición, y cuando todas esas traiciones se unían al rey y a la reina, quienes, desde el fondo del Temple, continua-

ban dirigiendo los complots? ¿Si a pesar de la severa vigilancia de la Comuna, María Antonieta sabía todo lo que sucedía al exterior? Estaba informada de cada paso de los ejércitos alemanes; y cuando se presentaron unos obreros a poner rejas a las ventanas del Temple, les dijo: «No vale la pena; dentro de ocho días no estaremos aquí.» En efecto, los realistas esperaban entre el 5 y 6 de septiembre la entrada de ochenta mil prusianos en París.

¿A qué armarse y correr a la frontera cuando la Asamblea Legislativa y el partido que estaba en el poder eran enemigos declarados de la República y hacían todo lo posible para sostener la monarquía? En efecto, quince días antes del 10 de agosto, el 24 de julio, ¿no habló Brissot contra los franciscanos, que querían la República? ¿No pidió que cayera sobre ellos el cuchillo de la ley (1)? Y después, pasado el 10 de agosto, ¿no guardó el club de los Jacobinos, que era el punto de reunión de la burguesía acomodada, silencio hasta el 27 de agosto acerca de la gran cuestión que apasionaba al pueblo: La monarquía, apoyada por las bayonetas alemanas, será conservada o no?

La impotencia de los gobernantes, la pusilanimidad de los «jefes de opinión» en aquella hora de peligro, impulsaban necesariamente al pueblo a la desesperación. Y es necesario revivir en sí mismo las diversas emociones sentidas en París después de la declaración de guerra, leyendo los diarios de la época, las memorias y las cartas privadas, para apreciar la inmensa profundidad de esa desesperación. Vamos, por tanto, a recapitular brevemente los principales hechos.

En el momento mismo de la declaración de guerra era grande el prestigio de Lafayette, especialmente en los medios burgueses, causando general alegría verle a la cabeza de un ejército. Verdad es que después de la matanza del Campo de Marte inspiró ciertas dudas, de las que Chabot se hizo eco en la Asamblea a principio de junio

(1) «Si existen, decía, hombres que trabajan para establecer la República sobre las ruinas de la Constitución, caiga sobre ellos el cuchillo de la ley, como sobre los amigos activos de las dos Cámaras y sobre los contra-revolucionarios de Coblenza.»

de 1792; pero la Asamblea trató a Chabot de desorganizador, de traidor, y le redujo al silencio.

Sin embargo, el 18 de junio recibió la Asamblea su famosa carta, en la que denunciaba a los jacobinos y pedía la supresión de todos los clubs. Esta carta llegó pocos días después de que el rey destituyera al ministerio girondino (el ministerio jacobino, como se decía entonces), y la coincidencia dió que pensar; pero la Asamblea pasó adelante, indicando una duda sobre la autenticidad de la carta, lo que en el pueblo suscitó la sospecha de que la Asamblea estuviera en connivencia con Lafayette.



LOS «INCROYABLES»

(Caricatura de la época)

A pesar de todo, la efervescencia aumentaba siempre, y el pueblo se levantó, al fin, el 20 de junio, y, admirablemente organizado por las secciones, invadió las Tullerías. Todo pasó, como hemos visto, modestamente; pero la burguesía fué sobrecogida de terror, y la Asamblea se echó en brazos de la reacción lanzando un decreto contra las reuniones públicas. En tal estado, el día 23 llegó Lafayette: se presentó en la Asamblea, donde reconoció y reclamó su carta de 18 de junio. Censuró en términos violentos el 20 de junio y denunció a los «Jacobinos» con mayor rudeza. Luckner, comandante de otro ejército, se unió a Lafayette para censurar el 20 de junio y atestiguar su fidelidad al rey. A continuación Lafayette se paseó por París «con seiscientos u ochocientos oficiales del ejército parisién que rodeaban su coche (1)». Se sabe hoy que fué a París a persuadir al rey que se dejase conducir a ponerse bajo la protección del ejército. Hoy tenemos

(1) Madame Jullien a su hijo (*Journal d'une bourgeoise*, p. 170). Si las cartas de esta señora pueden ser incorrectas en algún detalle, son preciosas respecto de este período, porque dicen precisamente lo que el París revolucionario decía y pensaba en determinado día.

la certidumbre del hecho, pero entonces comenzaba ya a desconfiarse del general. Hasta se llegó a presentar una proposición a la Asamblea, el 6 de agosto, pidiendo su acusación, sobre la cual la mayoría votó disculpándole. ¿Qué había de pensar de ello el pueblo? (1).

«¡Ay, amigo mío, qué mal anda esto! — escribía Madame Jullien a su marido. — Se ha de notar que la conducta de la Asamblea irrita de tal modo la masa, que, cuando quiera Luis XVI tomar el látigo de Luis XIV para deshacer ese débil parlamento, se aplaudirá por todas partes, aunque en virtud de diferentes sentimientos; pero ¡qué importa eso a los tiranos, si sus propósitos se ven favorecidos! La aristocracia burguesa está exaltada hasta el delirio; el pueblo, en el abatimiento de la desesperación. He ahí las tempestades latentes.» (P. 164.)

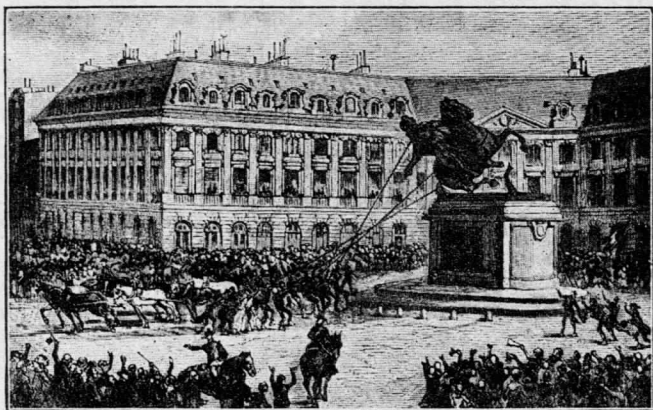
Compárense estas palabras con las de Chaumette antes citadas, y se comprenderá que para el elemento revolucionario de la población parisién, la Asamblea había de ser como una gruesa bala atada

(1) Lally-Tolendal, en una carta que dirigió al rey de Prusia en 1793 para reclamar la libertad de Lafayette, enumeraba los servicios que el indigno general había prestado a la corte. Vuelto el rey a París, desde Varennes, en junio de 1791, los principales jefes de la Asamblea Constituyente se reunieron para saber si se seguiría un proceso al rey y se establecería la república. Lafayette les dijo entonces: «Si matáis al rey, os advierto que al día siguiente la guardia nacional y yo procuraremos al príncipe real». — «A nosotros corresponde olvidarlo todo», decía madame Elisabeth en junio de 1792 a madame Tornerre, hablando de Lafayette; y al principio de julio de 1792, Lafayette escribió al rey, quien le respondió. En su carta del 8 de julio, le proponía organizar su evasión. Lafayette vendría el 15 con quince escuadrones y ocho piezas de artillería a caballo, para recibir al rey en Compiègne. Lally-Tolendal, realista por religión hereditaria en su familia, como él dice, afirmaba lo siguiente sobre su conciencia: «Sus proclamas al ejército, su famosa carta al cuerpo legislativo, su llegada imprevista a la barra después de la horrible jornada del 20 de junio, nada de todo eso me ha sido extraño, nada ha sido hecho sin mi participación... Al día siguiente de su llegada a París pasé con él una parte de la noche, y hablamos de declarar la guerra a los jacobinos en el mismo París, y en todo el rigor de la palabra.» Su plan consistía en reunir «todos los propietarios que estaban intranquilos, todos los oprimidos, que eran numerosos» y proclamar: *¡Abajo los jacobinos, abajo Coblenza!*, impulsar al pueblo contra el club de los Jacobinos, «prender sus jefes, apoderarse de sus papeles y arrasar su casa. M. de Lafayette lo quería ejecutar a viva fuerza; había dicho al rey: *Es preciso destruir los jacobinos física y moralmente*. Sus tímidos amigos se opusieron... Me juró al menos que, de vuelta a su ejército, trabajaría activamente para libertar al rey». Esta carta de Lally-Tolendal ha sido publicada íntegra por Ruchez y Roux, XVII, p. 227 y sig.

Y a pesar de todo, «los comisarios enviados a Lafayette después del 10 de agosto tenían entre sus instrucciones el encargo de ofrecerle el primer lugar en el nuevo orden de cosas».

Como se ve, la traición, en la Asamblea, entre los girondinos, era más profunda que lo que generalmente se cree.

al pie de la Revolución (1). Sin embargo, llegó el 10 de agosto. El pueblo de París, en sus secciones, se apoderó del movimiento: nombró revolucionariamente su consejo de la Comuna para dar unidad al levantamiento; echó al rey de las Tullerías; se hizo dueño, tras sangrienta lucha, de palacio, y la Comuna encerró al rey en la torre del Temple. Pero la Asamblea Legislativa permanecía, y pronto se convirtió en el centro de unión de los elementos realistas.



DEMOLICIÓN DE LA ESTATUA DE LUIS XV

Los burgueses propietarios no tardaron en darse cuenta del nuevo aspecto popular e igualitario que tomaba el movimiento, y se aferraron con tanto mayor empeño a la monarquía. Pusieron en circulación mil planes para coronar al Delfín (que es lo que se hubiera hecho si la regencia de María Antonieta no hubiera inspirado tanta repugnancia) o a cualquier otro pretendiente, francés o extranjero. Entonces se produjo, como después de la huida de Varennes, una recru-

(1) «En este momento el horizonte se carga de vapores: deben producir una explosión», escribía Madame Jullien el 8 de agosto. «La Asamblea me parece demasiado débil para secundar el voto del pueblo, y el pueblo me parece demasiado fuerte para dejarse dominar por ella. De ese conflicto, de esa lucha, ha de resultar un acontecimiento: la libertad o la esclavitud de veinticinco millones de hombres». (P. 211.) Y más adelante: «la destitución del rey, pedida por la mayoría y rechazada por la minoría que domina la Asamblea, ocasionará el terrible choque que se prepara. El Senado no tendrá la audacia de pronunciarla y el pueblo no tendrá la vileza de sufrir el desprecio que se hace de la opinión pública». Y cuando la Asamblea absolvió a Lafayette, Madame Jullien hizo esta profecía: «Pero todo eso nos conduce a una catástrofe que hace temblar a los amigos de la humanidad; porque lloverá sangre, no exagero». (P. 213.)

descencia de sentimientos favorables a la monarquía, y mientras el pueblo pedía a grandes gritos que se pronunciara resueltamente contra la monarquía, la Asamblea, como toda asamblea de políticos parlamentarios, en la incertidumbre del régimen que prevalecería, se guardaba bien de comprometerse, inclinándose preferentemente hacia la monarquía, procurando cubrir los crímenes pasados de Luis XVI y oponiéndose a que se pusieran de manifiesto por medio de procesos contra sus cómplices.

Fué preciso que la Comuna amenazara con el toque de rebato y que las secciones llegaran a hablar de una matanza en masa de realistas (1), para que la Asamblea se decidiera a ceder. Por fin ordenó, el 17 de agosto, la formación de un tribunal criminal, compuesto de ocho jueces y de ocho jurados, elegidos por representantes de las secciones. Y todavía trató de limitar las atribuciones de ese tribunal, impidiendo que profundizara en la conspiración que se hizo en las Tullerías antes del 10 de agosto, y encargándole que se limitara a buscar las responsabilidades durante la jornada del día 10.

Sin embargo, las pruebas del complot abundaban y se precisaban cada día. En los papeles hallados después de la toma de las Tullerías, en la secretaría de Montmorin, intendente de la lista civil, se han encontrado piezas muy comprometedoras: entre otras una carta de los príncipes, que prueba que obraban de acuerdo con Luis XVI, cuando lanzaban los ejércitos austriacos y prusianos sobre Francia y organizaban un cuerpo de caballería de emigrados que con esos ejércitos marchaba contra París; hay una larga lista de folletos y libelos dirigidos contra la Asamblea Nacional y los jacobinos, libelos pagados por la lista civil, hallándose incluídos en ellos los que trataban de promover una pendencia a la llegada de los marseleses, y que invitaban a la guardia nacional a matarlos (2); hay, por último,

(1) «Parecís hallaros en las tinieblas acerca de lo que sucede en París», dijo a la Asamblea el orador de una de las diputaciones de la Comuna.

(2) En una carta de Suiza, se trataba de castigar a los jacobinos: «Haremos justicia en ellos; el ejemplo será terrible... guerra a los asignados; la bancarota comenzará por ahí. Se restablecerá el clero, los parlamentos... Tanto peor para los que han comprado los bienes del clero». En otra carta se leía: «No hay momento que perder. Es preciso hacer sentir a la burguesía que sólo el rey puede salvarla».

la prueba de que la minoría «constitucional» de la Asamblea había prometido seguir al rey, en el caso de que saliera de París, sin excederse, no obstante, de la distancia prescrita por la Constitución. Había muchas otras cosas aún, pero se ocultaban, temiendo que, de hacerse públicas, el furor popular hubiera caído sobre el Temple. ¡Quién sabe si también sobre la Asamblea! puede añadirse, dado el estado de los ánimos.

Por último, las traiciones, previstas desde hacía mucho tiempo, estallaron en el ejército. El 22 de agosto se supo la de Lafayette, quien trataba de impulsar su ejército y de hacerle marchar contra París. Su plan estaba ya formado dos meses antes, cuando fué a París a tantear el terreno después del 20 de junio. Ultimamente, arrojada la máscara, hizo detener a los

tres comisarios enviados por la Asamblea para anunciarle la revolución del 10 de agosto, y Luckner, el viejo zorro, aprobó su conducta. Felizmente el ejército de Lafayette no siguió a su general, y el 19, acompañado de su estado mayor, se vió obligado a pasar la frontera, con el propósito de internarse en Holanda; pero habiendo caído en poder de los austriacos, fué preso y tratado muy duramente, lo que hacía prever cómo se proponían los austriacos tratar a los revolucionarios que tuvieran la desgracia de caer en su poder. Los oficiales municipales patriotas que cayeron en sus manos fueron ejecutados inmediatamente, como rebeldes, y los hulanos cortaron las orejas a algunos y se las clavaron en la frente.

Al día siguiente se supo que Longwy, atacado el 20, se entregó en seguida, y en los papeles del comandante Lavergne se halló una carta con ofrecimientos de traición de parte de Luis XVI y del duque de Brunswick.



ENVASE INDUSTRIAL

(Recuerdo de la época)

Evidentemente no podía ya contarse con el ejército.

París mismo estaba lleno de «negros» (así se designaba entonces a los que después se llamaron «blancos»). Había vuelto una multitud de emigrados, y, con frecuencia, bajo la sotana de un clérigo se reconocía un militar. Alrededor del Temple, el pueblo, que vigilaba la prisión real, observaba los indicios de toda clase de complots: se quería libertar a los reyes por la evasión o por la fuerza. Los realistas, casi públicamente, preparaban un levantamiento general para el 5 ó 6 de septiembre, en que esperaban que los prusianos estarían en las inmediaciones de París. Los setecientos suizos que quedaban en la capital servirían de cuadros militares para el levantamiento. Marcharían sobre el Temple, libertarían al rey y le pondrían a la cabeza del movimiento; abrirían las cárceles, y los presos serían lanzados al saqueo de la ciudad, añadiendo al sobresalto general la confusión, mientras se incendiaba París (1).

Tal era al menos el rumor público, sostenido por los mismos realistas. Y cuando Kersaint leyó a la Asamblea, el 28 de agosto, la relación de la jornada del 10 de agosto, confirmó el rumor. Según dice un contemporáneo, «causó profunda sensación ver tantas y tan bien tendidas redes» contra los revolucionarios. Y aun no se conocía toda la verdad.

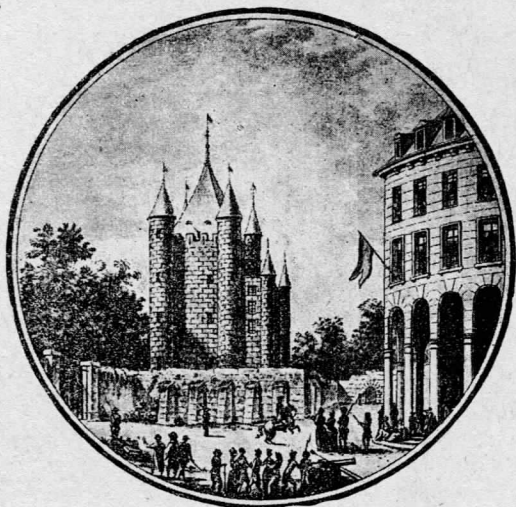
En medio de tantas dificultades, no había más que la Comuna y las secciones que con su actividad respondiera a la gravedad del momento. Solas esas entidades, secundadas por el club de los Franciscanos, obraban en vista de levantar al pueblo y de obtener de él un esfuerzo supremo para salvar la Revolución y la patria, que se identificaban en aquel momento.

El Consejo general de la Comuna, elegido revolucionariamente por las secciones el 9 de agosto, obraba de acuerdo con ellas, y trabajaba con ardor entusiasta en armar y equipar, primeramente 30.000, después 60.000 voluntarios, que habían de partir a las fronteras. Apoyados por Danton, sabían hallar en sus vigorosos llama-

(1) Los presos de la Force habían intentado ya el incendio de aquella cárcel, dice Michelet, según el informe sobre las jornadas de septiembre.

mientos aquellas palabras que electrizaban a Francia. Excediéndose de sus atribuciones municipales, la Comuna de París hablaba a la Francia entera, y también, por sus voluntarios, a los ejércitos. Las secciones organizaban el inmenso trabajo de equipo de los voluntarios, y la Comuna mandaba fundir los ataúdes de plomo para hacer balas, y los objetos del culto tomados en las iglesias para tener bronce con que hacer cañones. Las secciones eran la fragua ardiente donde se forjaban las armas con que la Revolución se disponía a vencer a sus enemigos y dar un nuevo paso adelante, hacia la Igualdad.

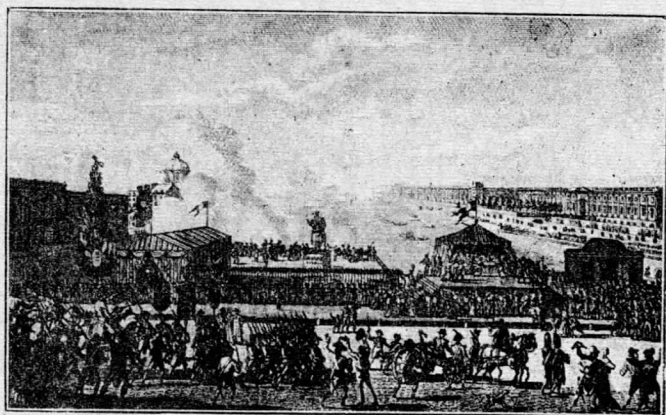
Porque, en efecto, una nueva revolución dirigida a la Igualdad, que el



CASTILLO SEÑORIAL

pueblo había de emprender por sí mismo, se presentaba ya a la vista de todo el mundo, y la gloria del pueblo de París consistió en comprender que, preparándose para rechazar la invasión, no obraba bajo el solo impulso del orgullo nacional, ni se trataba tampoco de impedir el restablecimiento del despotismo real, sino que era preciso consolidar la Revolución, conducirla a alguna conclusión práctica para la masa del pueblo, inaugurando una revolución de un carácter tanto social como político, y esto significaba: abrir, por un supremo esfuerzo de las masas del pueblo, una nueva página de la historia de la civilización. Pero también la burguesía había adivinado ese nuevo carácter que se anunciaba en la Revolución y de que la Comuna de París se hacía el órgano. También la Asamblea, que representaba principalmente a la burguesía, trabajó con ardor para contrarrestar la influencia de la Comuna.

Ya el 11 de agosto, cuando el incendio humeaba todavía en las Tullerías y los cadáveres yacían aún en los patios del palacio, la Asamblea ordenó la elección de un nuevo directorio del departamento, que quería oponer a la Comuna; pero ésta se opuso, y aquélla hubo de capitular, pero continuó la lucha, una lucha sorda, en la que los girondinos de la Asamblea procuraban unas veces separar las secciones de la Comuna, otras obtener la disolución del Consejo general



LA PATRIA EN PELIGRO — ALISTAMIENTOS VOLUNTARIOS

elegido revolucionariamente el 9 de agosto. Intrigas miserables en frente del enemigo, que se aproximaba más cada día a París, entregándose de paso a horribles pillajes.

El día 24 se recibió en París la noticia de que Longwy se había entregado sin combate, y la insolencia de los realistas aumentaba proporcionalmente. Cantaban victoria, considerando que las demás ciudades harían lo mismo, y anunciaban ya la llegada de sus aliados alemanes dentro de ocho días, por lo que ya les preparaban alojamiento. Formábanse grupos alrededor del Temple, y la familia real se unía a ellos para celebrar los triunfos de los alemanes; pero lo más terrible era que los encargados del gobierno de Francia no se sentían con valor para emprender nada ni para impedir que París se viera obligado a capitular como Longwy. La Comisión de los Doce, que representaba el núcleo de acción en la Asamblea, cayó en la

consternación, y el ministerio girondino — Roland, Clavière Servan y los demás — opinaba que era preciso *huir* y retirarse a Blois, o al Mediodía, abandonando el pueblo revolucionario de París al furor de los austriacos, de Brunswick y de los emigrados. «Ya los diputados huían uno a uno», dice Aulard (1): la Comuna se presentó a quejarse de ello a la Asamblea.

La idea de la huida era añadir la cobardía a la traición, y, de todos los ministros, únicamente Danton se opuso a ello en absoluto.

Solamente las secciones revolucionarias y la Comuna comprendieron que la victoria era necesaria a toda costa, y que para obtenerla era necesario dar el golpe al enemigo en las fronteras y a los contra-revolucionarios en París.

Precisamente eso era

lo que los gobernantes no querían admitir. Después que el tribunal encargado de juzgar los fautores de las matanzas del 10 de agosto se hubo instalado con toda solemnidad, se vió que ese tribunal no se cuidaba de castigar a los culpables y que hacía lo mismo que el Tribunal Supremo de Orleans, que había llegado a ser, según la expresión de Brissot, «la salvaguardia de los conspiradores». Sacrificó primeramente tres o cuatro comparsas de Luis XVI, y no tardó en absolver uno de los conspiradores más peligrosos, el ex-ministro Montmorin, como a Dossonville, complicado en la conspiración de



CHABOT

(1) *Etudes et leçons sur la Révolution française*, 2.^a serie, 1898, p. 49.

d'Angremont, y vaciló en juzgar a Bachmann, el general de los suizos.

Se procuró representar la población de París como compuesta de caníbales ávidos de sangre, que se enfurecían cuando se les escapaba una víctima, lo que era absolutamente falso. Lo que el pueblo de París comprendió, respecto de tales absoluciones, era que los gobernantes *no querían* que se hiciera la luz sobre las conspiraciones urdidas en las Tullerías, porque sabían que muchos de entre ellos resultarían comprometidos, y *porque esas conspiraciones continuaban todavía*. Marat, que estaba bien informado, tenía razón para decir que la Asamblea temía al pueblo, y que la misma hubiera visto con agrado que Lafayette con su ejército hubiera restablecido la monarquía.

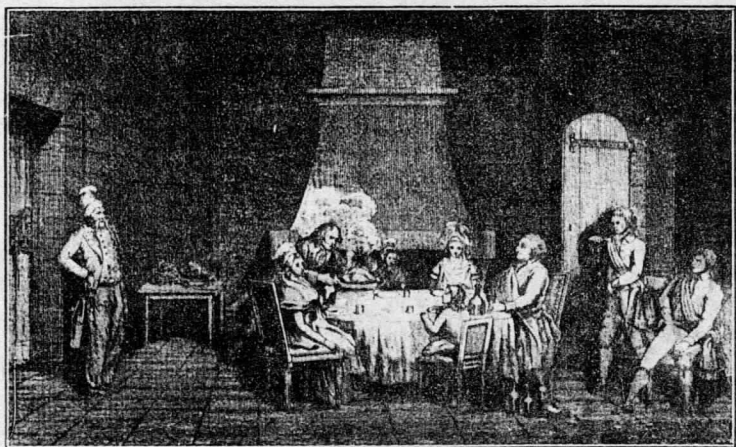
Los descubrimientos hechos tres meses después, cuando el cerrajero Gamain denunció la existencia del armario de hierro que contenía los papeles secretos de Luis XVI, lo han demostrado perfectamente. La fuerza de la monarquía estaba en la Asamblea.

Entonces, viendo el pueblo que le era absolutamente imposible establecer las responsabilidades de cada uno de los conspiradores monárquicos, y el grado de peligro que ofrecían en vista de la invasión alemana, se decidió a castigar indistintamente a todos los que habían ocupado puestos de confianza en la corte, y que las secciones consideraban como peligrosos, o a aquellos en cuyos domicilios se hallaran armas ocultas. A este fin, las secciones impusieron a la Comuna, y ésta a Danton, que desempeñaba el cargo de ministro de Justicia desde la Revolución del 10 de agosto, que se hicieran registros domiciliarios en todo París, con objeto de apoderarse de las armas ocultas en las casas de los realistas y de los clérigos, y que se detuviera a los traidores más sospechosos de connivencia con el enemigo. La Asamblea hubo de someterse y ordenó esos registros.

Los registros se hicieron en la noche del 29 al 30, desplegando en tales actos la Comuna un rigor que aterrorizó a los conspiradores. El 29 de agosto por la tarde París parecía muerto, dominado por un sombrío terror. Se prohibió a los particulares salir de sus casas

después de las seis de la tarde, todas las calles fueron recorridas al anochecer por patrullas de sesenta hombres cada una, armadas de sables y de picas improvisadas. Hacia la una de la noche comenzaron los registros en todo París. Las patrullas subían a las habitaciones, buscaban armas y recogían las que encontraban en casa de los realistas.

Cerca de tres mil hombres fueron presos, cerca de dos mil fusiles fueron recogidos. Algunos registros duraron horas, pero nadie pudo



ÚLTIMA COMIDA DE LUIS CAPETO EN EL TEMPLE

quejarse de la desaparición de la menor bagatela de valor, mientras que en el albergue de los Eudistas, sacerdotes que se habían negado a jurar la Constitución, se halló oculta en sus fuentes toda la joyería desaparecida de la Santa Capilla.

Al día siguiente se dió libertad a la mayor parte de las personas detenidas por orden de la Comuna o a petición de las secciones. En cuanto a los que quedaron detenidos, es muy probable que se hubiera hecho una selección y creado tribunales para juzgarlos sumariamente, si los acontecimientos no se hubieran precipitado en el teatro de la guerra y en París.

Cuando todo París se armaba al llamamiento vigoroso de la Comuna; cuando en todas las plazas públicas se levantaban altares

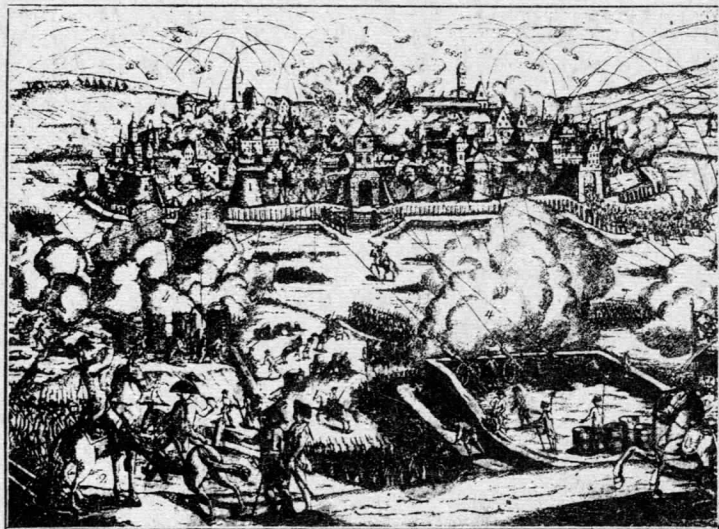
de la patria ante los cuales se alistaba la juventud y donde los ciudadanos depositaban sus ofrendas, ricas o pobres, a la patria; cuando la Comuna y las secciones desplegaban una energía verdaderamente formidable para llegar a equipar y armar 60.000 voluntarios dispuestos a partir para la frontera, faltando todo al efecto, y logrando, sin embargo, expedir dos mil cada día, la Asamblea escogió ese mismo momento para dar el golpe contra la Comuna. Sobre un informe del girondino Guadet, la Asamblea lanzó el día 30 un decreto ordenando la disolución inmediata del Consejo general de la Comuna y proceder a nuevas elecciones.

La obediencia de la Comuna traía consigo, a beneficio de los realistas y de los austriacos, la desorganización del único recurso salvador que quedaba para rechazar la invasión y para vencer la monarquía. Se comprende que la única respuesta que podía dar la Revolución era la desobediencia y la declaración de traidores a los investigadores de semejante decreto. Así lo hizo algunos días después la Comuna, ordenando que se registraran los domicilios de Roland y de Brissot. Marat pidió sencillamente el exterminio de esos traidores legisladores.

El mismo día, el tribunal criminal absolvía a Montmorin, y esto después de haber sabido algunos días antes, por el proceso de D'Angremont, que los conspiradores realistas, bien pagados, estaban alistados, divididos por brigadas, sometidos a un comité central, y no esperaban más que la señal para echarse a la calle y atacar a los patriotas en París y en todas las ciudades de provincias.

El 1.º de septiembre hubo una nueva revelación. El *Monitor* publicaba un «Plan de las fuerzas coaligadas contra Francia», recibido, decía, de mano segura de Alemania, en cuyo plan se decía que mientras el duque de Brunswick contendría los ejércitos de los patriotas, el rey de Prusia marcharía directamente a París; que después de haberle tomado, se haría una selección de los habitantes; que todos los revolucionarios serían supliciados, y en caso de desigualdad de las fuerzas, las ciudades serían incendiadas. «Los desiertos son preferibles a los pueblos en rebeldía», habían dicho los reyes ligados. Y,

como para confirmar ese plan, Guadet entretenía a la Asamblea con la gran conspiración descubierta en la ciudad de Grenoble y sus inmediaciones. Se había hallado en casa de Monier, agente de los emigrados, una lista de más de cien jefes locales de la conspiración, que contaban con el apoyo de veinticinco a treinta mil hombres. Los campesinos de los Dos-Sevres y los de Morbihan se habían levan-



EL SITIO DE LONGWY

(De una estampa de la época)

tado en cuanto se supo la rendición de Longwy, lo cual entraba en el plan de los realistas y de Roma.

El mismo día, por la tarde, se supo que Verdun estaba sitiado, y todos pensaron que aquella ciudad, lo mismo que Longwy, se rendiría; que nada se opondría ya a la marcha rápida de los prusianos sobre París, y que la Asamblea, o saldría de París, abandonando la ciudad al enemigo, o parlamentarí para restablecer el rey en el trono, dejándole carta blanca para satisfacer sus venganzas exterminando los patriotas.

Por último, aquel mismo día, 1.º de septiembre, Roland lanzaba un mensaje a los cuerpos administrativos, que hizo fijar en las calles

de París, en que hablaba de un vasto complot de los realistas para impedir la libre circulación de las subsistencias, y de que ya sufrían las consecuencias Nevers y Lyon (1).

Entonces la Comuna cerró las puertas de la ciudad, hizo tocar a rebato y disparar el cañón de alarma. Por medio de una enérgica proclama invitó a todos los voluntarios dispuestos a partir a reunirse en el Campo de Marte para ponerse en marcha el día siguiente al amanecer.

Y al mismo tiempo, un grito de furor: «¡Corramos a las cárceles!» resonó en todo París. Allí estaban los conspiradores que esperaban la aproximación de los alemanes para poner a París a sangre y fuego. Algunas secciones (Poissonnière, Postes y Luxemburgo) votaron la muerte a los conspiradores. — «¡Ha de acabarse hoy!» decían, lanzando así a la Revolución en una nueva vía.

(1) Granier de Cassagnac, *Histoire des Girondins et des massacres de septembre*, Paris, 1860.

